

## La gatita hecha de cristal de Murano

El tesoro de San Marcos es uno de los más ricos y deslumbrantes que hay en el mundo. Y lo sería más todavía si hubiera conservado aquellas piezas que fueron robadas o perdidas a lo largo de los siglos.

Una de esas piezas, que hoy ya no existen o que ya no se sabe dónde están, parece ser que era una curiosa figura creada en el taller del más afa- mado maestro cristallero de Murano, y representa- ba a una preciosa gatita de color ámbar durmiendo lánguida sobre un suelo de vidrio azulado.

Se cuenta que dicha gata de cristal irisado había sido un encargo de la República veneciana para agasajar a un rey extranjero que había decidi- do hacer un alto en su viaje hacia Tierra Santa para cumplimentar con su visita al dux y visitar la cele-

brada ciudad de los canales, la cual no había teni- do ocasión de conocer con anterioridad.

Según unos se trataba de un rey de Francia que, locamente enamorado de Venecia, tramaba en secreto el modo de apoderarse de ella. Según otros, habría sido un rey de Aragón, corpulento, barbado y con reputación de valeroso.

Fuese francés o aragonés, llevase barba o bigo- te, el caso es que logró armar un buen alboroto entre los gobernantes de ese pueblo de mercaderes muy dados a lucirse y aparentar ante los visitantes ilustres para asombrarlos y, a ser posible, sembrar en su interior la simiente de la envidia. Al fin y al cabo, quizá este resultaba un buen modo de acabar obteniendo algún beneficio o regalía, lo único que en realidad les interesaba.

Así pues, con ocasión del acontecimiento se organizó un intenso programa de celebraciones y actos festivos en honor del monarca extranjero, entre los que destacaban, cómo no, las regatas por el Canal Grande, en las que los venecianos siempre supieron hacer valer sus dotes de consumados remeros, y los juegos de funambulismo y malaba-

¡Y vaya si había más! Había tanto que uno podía perderse entre los mensajes sin saber muy bien por dónde andaba: si en el reino de la fantasía o en el de la más estricta realidad histórica...

—¡Auténtico y en toda regla, caballero! Faltaría más... —proclamaba la gata Lucrezia al apreciar el menor asomo de incredulidad en mi cara. Y solo le faltaba llevarse el mensaje a la boca y catarlo con los dientes, como se hacía antes con las monedas de oro para comprobar si eran verdaderas.

—Es que esta de Tom Sawyer, doña Lucrezia... Me va usted a perdonar, pero esta no cuela...

—¿Y eso? A ver: dígame qué le pasa a esta...

Estaba claro que mis preguntas no le concedían ni un minuto de paz a la dulce anciana.

—¿No se da cuenta? Aquí pone que fue escrita por Tom cuando huyó por el Mississippi en compañía del esclavo Jim...

—Así es... —asintió la gata calándose los lentos—, ¿y qué?

—¡Pues que eso es imposible! —exclamé.

—¡Caramba! ¿Y por qué va a ser imposible, querido? Desde luego, permítame que se lo diga, es usted tremendamente desconfiado...

—No es desconfianza, doña Lucrezia, es que verá...

Y pasé a exponerle por qué creía que aquel mensaje no podía ser auténtico. Yo tenía varias razones para opinar así. Primera: cuando uno huye no va por ahí dejando rastros deliberadamente, y un trozo de papel, aunque vaya metido en una botella, puede ser un rastro muy comprometedor...

—Puede ser...

Segunda: las circunstancias. Cuando uno huye no suele llevar útiles para escribir, ni papel ni boli. Lleva lo imprescindible o incluso nada...

—No me convence tanto —dijo la gata, pensativa—. Pero se la voy a dejar pasar por buena. ¿Qué más?

Tercera y definitiva: que Tom Sawyer es un personaje de ficción. Fue inventado por un escritor que relató sus aventuras y, por lo tanto, no existió nunca.